

Nicolás Redondo Terreros

NO ME RESIGNO



**POPULISMO, NACIONALISMO
Y LOS RETOS DEL SOCIALISMO ESPAÑOL**



Lectulandia

NICOLÁS REDONDO TERREROS

NO ME RESIGNO

Populismo, nacionalismo
y los retos del socialismo español

Índice

El club de los perdedores	11
El acicate y el peligro de la revolución tecnológica	19
El desgaste de las democracias representativas	27
La democracia española: un acto de voluntad	37
La Transición: un hito histórico y un símbolo insuficiente ...	43
El Pacto contra el terrorismo. Una lección para el futuro ...	53
<i>Movilización social y contradicciones políticas</i>	58
<i>Cuando la gran política fue posible</i>	64
<i>La mejor España</i>	70
<i>Miguel Ángel</i>	74
El pasado como arma política	77
<i>Un pueblo de Las Hurdes</i>	83
<i>Dos hermanos</i>	92
Mi compromiso político	99
<i>Los años en la dirección del Partido Socialista de Euskadi</i> ...	103
<i>Las primarias y el fin de la pluralidad en los partidos</i>	118
<i>Mi salida de la política activa</i>	121
<i>Comida en La Moncloa</i>	124

Los nacionalismos en la política española	133
<i>Cataluña: una cuestión de Estado</i>	139
El pacto entre el PSOE y Podemos	149
<i>Motivos para el rechazo</i>	157
La batalla por el estado de bienestar	167
<i>Un país débil ante las crisis</i>	173
<i>Ucrania y nuestra política exterior</i>	180
Colaboradores del desprestigio. Indultos, sedición y malversación	183
El paso decisivo de Pedro Sánchez	189
¿Es posible otro PSOE?	197
<i>Reformismo</i>	205
<i>Un partido que mire al futuro</i>	206
<i>Vocación autónoma</i>	208
<i>Sentido nacional</i>	209
<i>Panorama tras las elecciones</i>	211
<i>Política de bloques, unidad de la izquierda y frente amplio ...</i>	221
El final de la historia	227

El club de los perdedores

Era en los inicios del siglo XXI, el año 2001 o el 2002, cuando nos reunimos un numeroso grupo de amigos vizcaínos en un macizo caserón cántabro. Era un magnífico día de abril, y no hay primavera más agradable que las que siguen a los lluviosos inviernos del Cantábrico. En esas fechas la temperatura se suaviza y a los días de lluvia les siguen con urgencia conquistadora otros más soleados, que adquieren una transparencia cristalina a medida que la tímida luz solar se impone a las brumas invernales. Si el día transcurre muy cerca del mar, como era el caso, no podíamos haber elegido mejor marco para celebrar una jornada alegre y prolongada entre amigos.

El grupo era de lo más variado, y muy amplio el abanico de edades. La lista de apellidos vascos era larga. Algunos, con apellidos inconfundiblemente castellanos, provenían del resto de España. Varios habían tenido importantes responsabilidades de gestión. El anfitrión las había tenido en la Comunidad Autónoma Vasca. Otros provenían del sector privado. Unos eran solteros y otros tenían pareja. Los que nos encontramos en aquella

relajada jornada campestre teníamos dos características comunes: todos nos habíamos dedicado a la política en el País Vasco en uno u otro momento y todos por aquella época colaborábamos en grupos sociales minoritarios, que se oponían a la criminal acción terrorista de ETA.

El silencio, la incompreensión —cuando no la reprobación—, ante las concentraciones en contra de la banda terrorista eran por desgracia muy generalizadas. El conformismo y la voluntad de pasar desapercibido, provocaba en una mayoría de la sociedad vasca un descorazonador rechazo ante aquellas manifestaciones. Pero era comprensible. Suele ser la reacción de quienes saben muy bien que no hacen lo que deben hacer, sea por miedo a los terroristas o por el esfuerzo que suponía ir en contra de un ambiente público hostil tan dominante como imperioso. Esta relación instintiva la han explicado certeramente personas tan significativas como Fernando Savater, Jon Juaristi y otros.

De aquella numerosa cuadrilla que se oponía al terrorismo brutal de ETA, algunos habían militado en la organización terrorista en su periodo germinal, durante la dictadura franquista. Habían pasado mucho tiempo en la cárcel y también habían evolucionado, con el resto de los españoles, a posiciones democráticas, pacifistas y liberales. Mario Onaindia, exmiembro de ETA, que no tiene hoy el reconocimiento que su biografía política merece, solía describir su caída del caballo muy gráficamente: «Me terminé dando cuenta de que estaba combatiendo una democracia muy parecida a las de nuestro entorno, y ese sistema de libertades, que me satisfacía plenamente, era por el que había ido a la cárcel». Mario y otros fueron unos valientes

porque supieron decir no. Entendieron que la virtud se encuentra con más frecuencia en decir basta ya, hasta aquí hemos llegado, antes que en acomodarse asintiendo. Otros del grupo, desde sus orígenes comunistas, habían recalado en puestos institucionales de importancia a través de su compromiso con el socialismo reformador de aquella época.

La comida fue muy agradable. Transcurrió entre bromas y algún que otro chisme gracioso, pero también entre reflexiones de calado sobre la situación política vasca. Las comidas largas dan para todo, la seriedad y la broma, la discusión acalorada y el chiste que destensa. Cuando llegaron los cafés y las copas, uno de los asistentes, José Luis Zalbide, que había pasado años en la cárcel por pertenecer a ETA y terminó colaborando con el Gobierno socialista de Felipe González en la lucha contraterrorista, se levantó e hizo un florido y apasionado brindis, del que la última parte resultó primero confusa y luego premonitória: «Queridos amigos, nos podemos ver dentro de veinte años y nuestra vida habrá tomado vías diferentes. Algunos tendrán éxito y otros no conseguirán sus objetivos más deseados, pero todos pertenecemos a ese noble y minoritario grupo que podríamos denominar el “club de los perdedores”, y no me refiero precisamente a nuestras vicisitudes privadas... ¡Por nosotros!».

Recién terminado el conflicto que yo había sostenido en el seno del Partido Socialista, saldado con mi alejamiento de la política profesional, no tuve dudas sobre el significado de aquella última parte del brindis. Contribuía a esa interpretación apresurada un hecho cada vez más evidente: comenzaba a abrirse una distancia política, psicológica y sentimental conside-

nable entre el socialismo vasco y aquellos movimientos sociales —primero el Foro de Ermua, luego ¡Basta ya!— que, liderados por los mejores, los más combativos ciudadanos del País Vasco y probablemente de España, pasaron de pedir la paz, de exigir que ETA no nos matara, a luchar por la libertad. Ese distanciamiento tenía que ver con la interpretación que hacían ambos bandos de la política. Los movimientos sociales introducían en su respuesta política un factor ético, en el Partido Socialista empezaba a prevalecer un pragmatismo corto de vista.

Con el paso del tiempo fui cambiando la interpretación de lo que había dicho Zalbide con la copa en la mano. No era una invitación a juramentarnos, sino más bien un brindis fraterno con un grupo de personas que, por ser coherentes con sus ideas, se habían visto obligadas a tomar decisiones desgarradoras en sus respectivas vidas políticas. Unos habían dejado el Partido Comunista para atracar en el socialismo brillante y prometedor del PSOE de los años setenta y ochenta, dejando atrás la épica aventurera de una juventud repleta de ilusiones. Otros habían dimitido de su antigua militancia en ETA y crearon un partido-*boutique*, Euskadiko Ezkerra, que sucumbió también ante la apuesta reformista que representaba aquel veterano y joven Partido Socialista, capaz de congrega a su alrededor sectores intelectuales y académicos de orígenes sociales e ideológicos muy diferentes.

Por mi parte, había tenido una dura batalla en el seno del propio Partido Socialista. Siempre he pensado que determinados retos que nos plantea la historia de España necesitan el acuerdo político de los grandes partidos nacionales. Ese convencimiento, en aquel tiempo más intuitivo que fruto de un

análisis exhaustivo de las circunstancias, fue contemplado con el máximo recelo por la dirigencia socialista, que poco a poco se iba preparando para una política de frentes, como lo demostraría poco tiempo después con fuerza esclarecedora el famoso pacto del Tinell, y sobre todo el proceso —realmente perturbador—, de discusión y posterior aprobación del segundo Estatuto de Cataluña.

En fin, éramos un grupo de personas que habíamos logrado pensar por nosotros mismos. El esfuerzo no aseguraba la clarividencia en nuestras reflexiones, pero que nos hacía dueños absolutos de los aciertos o errores que cometiéramos. Esa fue la verdadera esencia del brindis del «club de los perdedores»: los sinsabores que nos había provocado y nos ocasionaría en el futuro nuestra emancipación intelectual y política de un sectarismo tribal cada día más intenso y extendido en la política española.

Esa característica, adquirida con el sacrificio y el dolor que supone andar el camino en una cierta soledad, sin poder acogerse al grupo, a la familia política, me ha acompañado estos años. Esa soledad, por otro lado voluntariamente elegida, la he sobrellevado expresando mi opinión libremente tanto en las tertulias radiofónicas, donde Carlos Herrera me ofreció un inapreciable y multitudinario minarete, como en los artículos de opinión en periódicos como *El Mundo* o ahora el grupo Vocento. Efectivamente, los medios de comunicación me han permitido expresar mis ideas en el espacio público español, aun sin ocupar posiciones centrales, pero cumpliendo mi compromiso ciudadano con la vida pública de nuestro país.

Creyendo que lo que ha quedado atrás, mi biografía política, pero, sobre todo, los retos que tenemos por delante me

imponían una reflexión más amplia, sosegada y sistemática, que las que se pueden recoger en los artículos periodísticos o en las opiniones radiofónicas, me dispuse a escribir este libro.

Vemos, y he escrito hace tiempos sobre ello, cómo las democracias representativas, las que podemos denominar social-liberales, y que aparecieron después de la Segunda Guerra Mundial, están sometidas a la presión de poderosas fuerzas que, con ese optimismo tan característico de los occidentales, creíamos desaparecidas para siempre. Hoy, cumpliendo con nuestra necesidad de clasificar y ordenar, consideramos a estas fuerzas como movimientos iliberales, corriendo el riesgo de quitarles importancia al definirlos con pretendida asepsia científica, u oscureciendo en parte el sustrato histórico y tenebroso que las impulsa. En realidad, bajo ropajes posmodernos, que parecen tan nuevos, se esconden impulsos totalitarios como los de antaño. Unos, impulsados por la nostalgia, se refugian en el pasado, siempre más seguro y confortable, al que se remiten para explicar todos nuestros problemas y necesidades. Se expresan a través de un nacionalismo xenófobo, de añoranzas imperiales, enarbolando el estandarte de Juana de Arco en Francia o creyendo que cabalgan de nuevo a lomos de Babieca en España. Los contrarios, igualmente iliberales, se visten con sus ropajes ideológicos peronistas, indigenistas o posmarxistas, y esconden vergonzosamente su pasado repleto de fracasos y tragedias colectivas de difícil comprensión para la razón, así como sus estrategias en contra de la democracia representativa. Hoy, como ayer, consideran que las democracias social-liberales son un corsé inadmisibile para la verdadera libertad y la felicidad del ser humano. Todos los días son adecuados para elegir entre la toma de la Bastilla o el asalto al Palacio de Invierno.

Pero hemos tardado en sentir esa peligrosa realidad; y son muchas las razones que pueden explicar la demora en constatar el peligro que acechaba a nuestras democracias. Creo que una de las causas de esta imprevisión es el optimismo propio del mundo occidental. Después de siglos de progreso, habíamos adquirido una seguridad optimista que en el siglo xx se demostró grave y peligrosa. Olvidando la historia, ese optimismo panglosiano nos induce a considerar que lo conquistado lo es para siempre y que los fantasmas derrotados, inexorablemente, terminarán formando parte de un pasado sin consecuencias.

El largo periodo de paz vivido en Europa Occidental, el éxito económico y social, los avances científicos o el incremento prácticamente ininterrumpido de la libertad y la igualdad durante cincuenta años, ha oscurecido en cierta medida lo que sucedió en la primera parte del siglo xx o, por lo menos, nos ha permitido creer que nunca volvería a suceder. En esa línea, hemos estado dispuestos a quitar importancia a las pulsiones totalitarias, de izquierdas o derechas, en el seno de nuestras sociedades, y también a las importadas, como el yihadismo.

Con espíritu un tanto penitencial hemos desconsiderado la gravedad del peligro, y como en el salmo: «Señor, perdona nuestros pecados y aun aquellos de los que no somos responsables», en ocasiones hemos llegado a culparnos por esos ataques a nuestro modo de vivir y de pensar.

Esta crisis que afecta a todos los órdenes de nuestra vida, a la que nos enfrentamos a tientas en la densa niebla de la ignorancia provocada por la revolución tecnológica, ha llegado en los últimos decenios a la política y el espacio público, alterando la percepción ciudadana respecto al poder y poniendo en cues-

ción las bases fundamentales de la democracia representativa. Como no podía ser de otra forma, este tsunami silencioso afecta también a la política en España. En algunas páginas de este libro, veremos que la crisis afecta a la democracia española del mismo modo que a sus homólogas más cercanas, pero, a mi juicio, con una notable diferencia: estamos desprovistos de una sólida cultura democrática y de unas instituciones reforzadas por el paso del tiempo. Procuraré analizar estas causas que hacen más graves para nosotros los peligros compartidos con los países vecinos, amigos y socios.

El acicate y el peligro de la revolución tecnológica

Utilizamos algunas palabras con tanta frecuencia que terminan perdiendo valor. Con frecuencia oímos que estamos ante una «revolución» culinaria, refiriéndose con ello a la maestría innovadora de tal o cual cocinero. ¿Quién no ha oído decir que un entrenador de fútbol ha «revolucionado» la forma de practicar ese deporte? No son pocos los cambios políticos que son calificados a la vez de históricos y revolucionarios. Así, cualquier cambio puede ser considerado revolucionario, suceda en el ámbito que suceda y afecte a las personas que afecte. Es cierto que en la historiografía reservamos el término con mayúsculas a la Revolución francesa y a la Revolución rusa, y se elaboran prolijos estudios para demostrar que también la hubo en otros lugares... por no quedar postergados en importancia, supongo.

Las «revoluciones», en sentido estricto, se han producido muy excepcionalmente, cuando el presente parece adelantar al futuro, y el salto histórico es tan importante que el pasado, en un primer momento, queda sencillamente aniquilado, mientras

que el presente es ocupado a sangre y fuego por lo desconocido, por lo nuevo. El pasado se deja atrás y se olvida abruptamente, se sustituyen las formas de vida habituales, los marcos de referencia desaparecen y se descubren otros nuevos, muchas tradiciones son sustituidas con automatismo feroz.

Pero yo les hablo de otras revoluciones, que lo son por su dimensión y profundidad, aunque se desarrollen en un plazo de tiempo más extenso, y cuya comprensión se puede dilatar durante siglos. Yo creo que vivimos en uno de esos procesos revolucionarios, con una trascendencia que hoy no somos capaces siquiera de intuir. Vemos los cambios, los desajustes que provocan, notamos el desasosiego de lo desconocido, intuimos el futuro acechando, pero no somos capaces de darnos cuenta cabal de las proporciones y las consecuencias de los cambios que se están produciendo ante nuestros ojos. La revolución precedente se produjo durante el Renacimiento con la coincidencia de tres novedades interrelacionadas, que se fortalecían y necesitaban mutuamente: el descubrimiento de América abrió unos horizontes, no solo geográficos, que perturbaron el «sosiego» medieval de todo Occidente; la aparición de la imprenta, con todas las novedades que requería; y la pujante extensión de la razón, que disputó el campo a la religión. Fueron tres hitos que iniciaron un periodo de descubrimientos científicos y pusieron en entredicho buena parte del conocimiento anterior.

El descubrimiento de un nuevo continente abrió una grieta en el etnocentrismo europeo y en el papel atribuido al hombre en el mundo, que se había hecho más pequeño desde la desaparición del Imperio romano, durante el Medievo, debido a una

religión uniformadora, una lengua común mayoritaria, y un aislamiento radicalmente contrario a los procesos de integración consecutivos que había impulsado la civilización romana. Por su parte, la imprenta dio un vuelco a la adocenada quietud de los siglos anteriores. La crisis de la Iglesia de Roma no se entiende sin el protagonismo del invento de Gutenberg y la aparición de las lenguas nacionales. Discrepancias con Roma las había habido antes, pero la gran novedad de las 95 tesis expuestas en Wittenberg por Lutero en 1517 fue que se difundieron rápidamente por todo Centroeuropa y pudieron ser leídas en las incipientes lenguas locales. El rápido éxito de la división religiosa provocó un largo periodo de violentas y crueles guerras en las que las pretensiones trascendentes de la religión se mezclaron con los intereses terrenales de los gobernantes. No obstante, aquel proceso destructivo culminó con la institución progresiva del principio de tolerancia, la necesidad de conllevarse entre distintos y la adopción de la pluralidad de ideas, en principio exclusivamente religiosas, como base legítima de la organización social, contraviniendo la idea tradicional que hacía de la unidad, en todos los ámbitos, la única forma de ser fuertes y poderosos. Aquel fue otro casi inevitable paso «revolucionario».

Poco corresponde a este libro hablar del rápido camino que llevó a la razón a conquistar amplias esferas reservadas hasta entonces a la fe religiosa y muchas veces a la intolerancia, pero la evolución de los siglos posteriores solo se entiende si comprendemos que todo lo que sucedió después tuvo su origen en aquella extraordinaria confluencia de factores entre los siglos xv y xvi.

Dos mil años antes, en Atenas, la unión de la democracia y el mercado dio lugar y oportunidad para la primera revolución

de la naturaleza que analizamos. En el pensamiento filosófico, científico y artístico todavía dependemos de la aparición, no tan milagrosa, de un número asombroso de pioneros en todas las materias en el seno de la Grecia clásica. Es una delicia seguir la argumentación de Karl Popper sobre la cuestión, por más que fuera en parte bellamente imaginada, contrariando su adhesión al rigor científico, tan alejado del arrebato literario. El intelectual austriaco narró aquella síntesis entre democracia y un naciente mercado libre en el que se empezaban a vender libros. En aquel intercambio, y en la consideración de los hombres libres como ciudadanos iguales, podemos intuir el centro de aquella lejana revolución. Más que considerar la Grecia clásica un bello invento del Renacimiento y de las recreaciones posteriores de los siglos XVIII y XIX, creo que debemos reconocer nuestra inmensa deuda con aquella explosión del arte y del conocimiento, desconocida antes y después. Nada se puede igualar a lo que sucedió en aquellas ciudades-estado cuatrocientos años antes del nacimiento de Jesucristo.

Como ven, primero revolución del conocimiento, después consecuencias desconocidas y de dimensiones incomprensibles para quienes provocaron los primeros y a menudo débiles balbuceos. Estos cambios siempre han contado con poderosos opositores. En su diálogo *Fedro*, Platón, por boca de Sócrates, se oponía a la escritura por temor a que acabara con la memoria. También hubo furibundos opositores a la imprenta, debido a las consecuencias siniestras que atribuían a la expansión de los libros. Del recogido claustro monacal, donde los monjes se afanaban en copiar, con suma belleza, libros antiguos, se pasó a 40.000 ediciones y nueve millones de ejemplares salidos de más

de cien imprentas en el primer año del siglo XVI, según nos cuenta Jacques Barzum en su libro *Del Amanecer a la decadencia*. ¡Supongo que era para dar miedo!

Desde principios del siglo XXI, la avalancha de nuevas tecnologías promete convulsiones de parecida importancia a las precedentes. Eric Teller, consejero delegado de Google, se ha referido al profundo desasosiego de la humanidad ante los cambios, al menos hasta que los terminamos dominando. No obstante, como recuerda Teller, a lo largo de la historia han tenido que transcurrir largos periodos de tiempo, a menudo siglos, hasta que una novedad provocara verdadera y generalizada inquietud. Esto fue cambiando poco a poco y, en los albores del siglo XX, los grandes cambios tecnológicos y científicos se producían, más o menos, en cada nueva generación. Una auténtica «zozobra de la novedad»: «De modo que, llegados a 1900, eran necesarios veinte o treinta años para que la tecnología diera un paso lo suficientemente nuevo como para que el mundo fuera incómodamente diferente. Piensen en la introducción del coche, del avión, del teléfono, del cine y después de la televisión». Asegura el estadounidense que, en 2016, esa franja de tiempo confortable «es tan corta que estamos en el orden de cinco o seis años desde que se introduce una innovación hasta que se convierte en omnipresente y el mundo cambia de manera incómoda». De siglos de reconfortantes rutinas hemos pasado a unos periodos de sosiego breves, casi inexistentes entre novedades que afectan ampliamente a nuestras vidas en todos los ámbitos. Ese desasosiego, provocado por novedades impredecibles, ya no se circunscribe a un país o un continente. Nos afecta por igual a casi toda la humanidad. Esa inquietud es tan global como

cualquiera de los fenómenos económicos, culturales o sociales que nos golpean casi al unísono en todo el planeta.

Esos cambios colectivos y personales, radicales y casi permanentes, debidos a la velocidad exponencial de las tecnologías, ponen en entredicho nuestra proverbial capacidad de adaptación. En su libro *Gracias por llegar tarde*, Thomas L. Friedman recoge esta cita del escritor y empresario Dov Seidman: «El mundo no está *cambiando* rápidamente, está empezando a *funcionar* de manera diferente», y remacha, «esta remodelación está ocurriendo más rápidamente de lo que hemos sido capaces de remodelarnos nosotros, nuestros líderes, nuestras instituciones nuestras sociedades y nuestras elecciones éticas».

Estas transformaciones han tenido, tienen y tendrán una influencia determinante en el comportamiento social y en la política. Si nos retrotraemos a la revolución industrial y la interpretamos desde un punto de vista social, observamos el nacimiento de poderosas y amplias clases sociales, en la terminología filosófica y política de don Carlos Marx. Si ponemos la lupa en la segunda posguerra mundial, se puede afirmar sin faltar a la verdad que, en el corazón de Europa, una persona nacía y moría en el seno de uno de los poderosos partidos de masas. Desde el bautismo a la tumba. Toda la vida bajo una organización política o sindical, que representaba con suficiente exactitud la realidad de aquellos países, y que en aquellos momentos eran los más avanzados, libres e igualitarios del mundo.

La homogeneidad de las clases organizadas como bloques en disputa podía provocar, si la conflictividad no estaba bien regulada en los ordenamientos constitucionales, verdaderos cataclismos políticos, pero también ofrecía la oportunidad

de grandes acuerdos nacionales. Las dramáticas experiencias —también tecnológicas—, del totalitarismo nazi y comunista indujeron grandes acuerdos políticos y sociales que consolidaron en gran parte del mundo occidental la democracia que conocemos: la democracia social-liberal y representativa. ¿Cómo no van a repercutir poderosamente todas las novedades que nos ofrece la revolución tecnológica en el comportamiento humano, en la sociedad y en la política? Está afectando con grandes y perturbadores efectos en todos los ámbitos de nuestras vidas, aunque, como ha sucedido siempre, en cierta medida pasen desapercibidos.

El desgaste de las democracias representativas

La historia de las democracias representativas social-liberales tiene su importancia porque este libro se centra en su crisis actual. En realidad, las dos grandes conflagraciones mundiales y la alternativa soviética alentaron el pacto de clases en Occidente. Ese acuerdo fue posible porque las clases, en el periodo de madurez de la revolución industrial, eran suficientemente homogéneas y compartían objetivos superiores. Tal vez nunca ha sido tan importante el espacio público como en ese tiempo, desde la segunda posguerra a finales del siglo xx. Tal vez nunca se compartió una visión tan armónica de la ciudadanía, en un bello equilibrio entre la libertad individual y la condición social del hombre. Por otro lado, el desarrollo de un régimen de libertades, sin el que la ciudadanía moderna no se puede desarrollar, permitió reducir los aspectos más negativos de la sociedad industrial, e hizo posible el gran sueño de la mayoría de los ciudadanos en los países europeos más avanzados: progresar económica y socialmente, además de proyectar con suficiente seguridad un futuro más halagüeño para

sus hijos. La igualdad de clase, las ambiciones posibles y compartidas, así como la capacidad del Estado, todavía no disminuida, de arbitrar e impulsar políticas de igualdad, hizo posible la organización social en grandes partidos de masas y sindicatos de clase democráticos. Si pudiera servir de pedagogía un ejemplo simple, podríamos decir que las dos partes, clase trabajadora y burguesía, aceptaron principios de la parte contraria. Se institucionalizó el estado de bienestar, así como el reconocimiento legal del derecho a la huelga, una manera de ejercer la fuerza que había estado proscrita, y que ahora se recogía en las leyes de más alta jerarquía, ocupando el lugar de la antigua «violencia revolucionaria». Los partidos obreros por su parte aceptaron el libre mercado como marco económico de sus respectivos países, olvidando planificaciones estatales y dictaduras proletarias. Los frutos de ese pacto, punto de equilibrio entre la libertad y la igualdad, fueron más sólidos y claros en los países centroeuropeos y nórdicos. La moderación de los partidos socialdemócratas, duramente descalificados por las proyecciones políticas de la URSS, fue cambiando su propia naturaleza germinal según se iba demostrando el éxito del «Gran Acuerdo». Desaparecieron sus nostalgias revolucionarias y se olvidaron las promesas de epifanías más o menos milenaristas.

Aquel periodo político fue de optimismo y confianza para las democracias representativas, hasta el punto de convertirse en una especie de exaltación cuando cayó con estropicio la Unión Soviética. No solo habíamos derrotado al totalitarismo nazi y fascista en 1945, sino que también sucumbía el totalitarismo comunista. Cómo no íbamos a creer, ufanos y optimistas, que en-

trábamos en un periodo de desarrollo social, económico y humano sin parangón. De una forma un tanto pedante e inexacta, algún joven fatuo, deslumbrado, creyó ver en aquel proceso democratizador el final de la Historia. Sin embargo, a finales de la primera década del siglo XXI fueron apareciendo síntomas de políticas nacionalistas extremas, que empezaron alarmando solo a grupos minoritarios. Al mismo tiempo, según nos íbamos alejando de la experiencia soviética, se sucedieron las primeras explosiones políticas de lo que hoy, con exactitud, podríamos denominar neocomunismo, vestido con ropajes indigenistas, milenaristas o populistas. A este tipo de extremismo político de izquierdas no le prestamos suficiente interés entonces, y hoy parece postergado cuando hablamos de los principales peligros para nuestras democracias social-liberales, pero la única razón por la que despreciamos su peligrosidad para las sociedades abiertas es muy descorazonadora: se trata de un fenómeno que solo ha tenido verdadera fuerza en Grecia, España e Iberoamérica, muy lejos de los centros de interés europeos. Nuestro característico optimismo nos cegó ante los evidentes síntomas. Ni siquiera los éxitos parciales de estos populismos izquierdistas en Grecia y en España han logrado preocupar a los responsables de las grandes naciones europeas. Solo la invasión rusa de Ucrania ha encendido de verdad las alarmas ante el avance de los fenómenos políticos iliberales, y aun así no en todas las capas del poder institucional europeo.

La intensa incertidumbre política tiene mucho que ver con los cambios mentales y materiales de la revolución tecnológica. El modo en que vivimos, nos relacionamos, viajamos o producimos se ha alterado sustancialmente en muy poco tiempo. Ha

desaparecido la aparente homogeneidad y estabilidad de las clases o los grupos sociales en la que los partidos de masas tradicionales basaban su acción política. La globalización y el dominio sin parangón de empresas multinacionales muy poderosas condicionan de una manera innegable la capacidad de los estados-nación para equilibrar, arbitrar y en su caso imponer políticas y normas. En manos de los ciudadanos, los instrumentos tecnológicos revolucionarios han producido una innegable emancipación personal, pero también la percepción de que es posible y hasta deseable prescindir de los tradicionales equilibrios y contrapesos de la democracia representativa. Ambas fuerzas descontroladas, el poderío de las corporaciones privadas y la falsa o parcial sensación de empoderamiento individual, han provocado primero la mutación de los partidos políticos tradicionales y la crisis de las democracias social-liberales después.

Solemos prestar poca atención a los vaivenes de los partidos políticos, olvidando que son piezas fundamentales del sistema, la primera defensa de las democracias representativas y, como resultado lógico, también han sido los primeros que han sentido la crisis política.

En Europa nos hemos conformado con constatar el fracaso estrepitoso e irrefutable de algunas formaciones políticas del espacio socialdemócrata. Dominados, sin duda, por una comunicación un tanto parcial, nos hemos olvidado de la transformación de otros partidos situados en el centro derecha. La crisis de la derecha tradicional francesa es tan incontestable como el fracaso del Partido Socialista francés (PSF). Pero el ejemplo más significativo de mutación de un partido tradicional, que anunció los cambios sociales que estamos viviendo, lo encontramos

en Estados Unidos. El Partido Republicano tiene detrás una larga y brillante historia, que le ha hecho recorrer el camino desde Abraham Lincoln a Ronald Reagan, pero en los últimos años, desde la presidencia de George Bush hijo, hemos asistido no a una evolución sino a una deriva radical. Donald Trump, ese personaje tan peculiar, que solo entiende la política como una relación directa y grotesca con los ciudadanos, *okupó* sin pudor el partido tradicional americano para convertirlo en un instrumento más de su acción pública, irresponsable y exagerada. Para el magnate, el Partido Republicano es más bien un enojoso trámite que una de las bases de la democracia americana. La política concebida como un espectáculo, la televisión antes que el partido, internet antes que las organizaciones sociales constitutivas del republicanismo tradicional.

La defunción del republicanismo estadounidense tradicional es un síntoma grave de la crisis de la democracia representativa, pero no hace falta largueza de vista ni exageraciones analíticas para observar fenómenos muy cercanos de monopolización personal del poder en algunos partidos de larga trayectoria histórica en la izquierda tradicional.

Nada nuevo bajo el sol. Como en crisis pretéritas han aparecido los profetas que ofrecen soluciones simples para unos problemas que son más complejos que nunca. Portaestandartes que oscilan entre los nostálgicos fundamentalistas de la extrema derecha y las epifanías de los neocomunistas. La reacción frente a la emigración, la globalización o las crisis económicas, también frente a los cambios en la moralidad, son el combustible para proyectos políticos populistas o nacionalistas de fuerza aporramentemente incontenible.

En España, la percepción de estos fenómenos ha sido sensiblemente distinta. Aquí seguimos oscilando entre el pesimismo del «¿Qué importa?» o el «¿Qué más da?» y las periódicas efusiones revolucionarias en las que parece que hay que cambiarlo todo, pero que suelen ser muy breves, un punto adanistas. Si siguiéramos al hispanista Fidelino de Figueiredo, aún estaríamos entre Don Quijote, quimérico y utópico, y Sancho, con el pragmatismo castizo del hombre del campo. Una gran parte de los españoles consideran que la crisis política es propia y merecida, exclusiva consecuencia de nuestra proverbial incapacidad para gestionar la cosa pública. Ese pesimismo por el que nos diferenciamos del resto de los países de nuestro entorno, satisface a «los vanidosos activistas de la revolución» y justifica a los «adormilados» que tienen miedo o son reacios a cualquier novedad.

Siguiendo a George Steiner, «una sociedad requiere antecedentes», y ocurre que la experiencia democrática y constitucional española es comparativamente más convulsa, más caótica que la de los principales países europeos; y estamos, por otro lado, muy próximos en el tiempo a la experiencia de la dictadura franquista. Y tanto nuestra historia como el pasado más reciente sirve de excusa para quienes no están dispuestos a hacer nada y a quienes lo quieren todo. En cualquier caso, el problema de fondo, como no me cansaré de decir, es sustancialmente el mismo en España que en tantos otros países. La crisis política afecta a todas las democracias representativas de una u otra forma, por más que aparezcan particularidades locales acordes con las vicisitudes históricas de cada país.

Si analizamos con detenimiento la realidad política francesa no se nos ocultará su profunda crisis política. La Francia cosmo-

polita, la de la Ilustración, la que integraba fraternalmente en su seno a todos los perseguidos del mundo, pende ahora de un solo clavo: Emmanuel Macron. A su izquierda, una vez fagocitado el PSF, quedan estrafalarios representantes neocomunistas como Jean-Luc Mélenchon, firmante de la inaudita carta de La Paz en Bolivia, junto a significados dirigentes políticos españoles como Pablo Iglesias y José Luis Rodríguez Zapatero. A su derecha, desaparecidas las opciones republicanas tradicionales, los franceses se encuentran con el partido de Marine Le Pen, oscilante entre la reivindicación identitaria y nacionalista de Juana de Arco y las disimuladas afinidades con Vladimir Putin. Solo Macron... ¿y después? Los extremos en Francia se alimentan del gran fracaso en la integración de los hijos de los emigrantes llegados al país galo en las últimas décadas del siglo xx, la mayoría desde las antiguas colonias francesas y sus zonas de influencia. Los violentos y destructivos disturbios callejeros, extendidos por sus principales ciudades, dan buena nota de la integración como asignatura pendiente del Estado francés, una cuestión amarga y peligrosa que tiende a cronificarse. Mientras tanto, los valores de la izquierda tradicional permanecen sepultados bajo toneladas de escombros ideológicos, tanto como los de la derecha republicana, paralizados e indefinidos ante el progresivo avance discursivo del populismo lepenista.

En Reino Unido, después de los largos mandatos de Margaret Thatcher y de Tony Blair, hemos asistido a una sucesión de primeros ministros pintorescos, irresponsables y muy cercanos a los postulados populistas más clásicos. David Cameron, un conservador tradicional, evadió su responsabilidad apostando por una solución plebiscitaria para decidir la permanencia de Esco-

cia en el Reino Unido, y asentó un precedente que lo cambió todo. Sus consecuencias, de muy difícil enmienda, han condicionado hasta ahora toda la política de Londres.

Cameron, acostumbrado a que los ciudadanos le sacaran las castañas del fuego, también convocó un referéndum para decidir la permanencia de Reino Unido en la Unión Europea. Cargó a la ciudadanía con una cuestión trascendental con muchas aristas, de enorme complejidad política y técnica, abriendo la posibilidad de que los británicos dieran la espalda a Europa y se refugiasen en la contemplación gozosa de su extinta historia imperial. Los votantes de ese gran país, modelo para Montesquieu en su *Del espíritu de las Leyes*, fueron aducidos por sucesivas campañas de propaganda populista, plagadas de inexactitudes y flagrantes mentiras, en las que colaboraron personajes políticos que terminarían durmiendo en el número 10 de Downing Street. En palabras de Salvador de Madariaga —nuestro mejor ejemplo del europeísmo moderno—, Reino Unido había sido por comparación el único país capaz de entrelazar dulcemente su milenaria tradición con las consecuencias disruptivas de la revolución industrial, pero ha terminado dando la espalda a la apuesta política europea más ambiciosa de la historia, la Unión Europea.

En Estados Unidos, Donald Trump ha protagonizado un salto histórico. Tras sortear a las familias republicanas tradicionales y apropiarse del partido de Lincoln, ha hecho bandera de espectáculos televisivos bochornosos, utilizando sistemáticamente la exageración y la mentira como armas políticas para la división y la destrucción de los lazos comunitarios de la nación. Le cabe el triste honor de ser el primero en utilizar las mentiras

sin pudor, al descubierto. Pero la verdadera y trágica novedad de Trump es que ha demostrado —y puede volver a hacerlo—, que la mentira, utilizada sin complejos y con suficiente énfasis, es un instrumento eficaz para hacerse con el poder y llegar a la Casa Blanca.

Hasta la fecha sigue frecuentando los tribunales estadounidenses, pagando fianzas por doquier, insultando a sus contrincantes políticos, republicanos o demócratas, y a la vez conserva un extraordinario apoyo popular, que le convierte en favorito para las elecciones primarias del Partido Republicano.

Respecto a Italia, sin detenernos en sus peripecias políticas, siempre condicionadas por la maleabilidad de su sociedad y sus instituciones, ha transitado desde el populismo derechista de Matteo Salvini a soluciones tecnocráticas alejadas de la decisión soberana de la ciudadanía. El país transalpino nos sigue sorprendiendo. Hoy parece que ha entrado en un periodo de relativa estabilidad y gobernanza de la mano de Giorgia Meloni, líder del partido de extrema derecha Hermanos de Italia.